

* [ALBA GONZÁLEZ SANZ] (2019): *EMILIA PARDO BAZÁN. La indómita intelectual que convirtió su obra en punta de lanza del feminismo*, BARCELONA, RBA COLECCIONABLES, PP. 188.

Indico el nombre de la autora de esta semblanza biográfica de Emilia Pardo Bazán entre corchetes, respetando la voluntad de ocultación que el libro parece hacer valer. Al tratarse de una pieza de una colección mayor y divulgativa pudiera parecer prescindible -tanto que se relega a la última página, con los títulos de crédito, casi invisible-, y no lo es en absoluto.

Nos hallamos ante una biografía que recorre la trayectoria completa de una escritora que eligió autorretratarse en clave intelectual en sus “Apuntes autobiográficos”, prólogo de su obra más trabajada, *Los Pazos de Ulloa*, por la que hubo de entrar en la escena literaria con tales credenciales. Aunque esa sea la luz que programó proyectar, en todo un ejercicio de estrategia que la equiparaba a cualquier escritor, sin marca de género en su intelecto, Emilia Pardo Bazán prodigó sus cauces de autorrepresentación intentando ensanchar su espectro de asertividad. Pero dejó clara su inapelable condición de escritor, la principal atribución que quiso conquistar. Su condición femenina está muy presente en todo su planteamiento declarativo y periodístico, pero no incurre en el estereotipo de la edulcorada imagen del “ángel del hogar”, antes al contrario, lo subvierte. Una salud beligerante, tan nombrada como poco creíble en un sentido absoluto, un catolicismo que parece ariete y es burladero, la curiosidad irreprimible y el comentario rápido abonado a la palpitante actualidad, así como su nunca abandonado amor por las marcas de feminidad de aderezos y vestidos, abanicos y joyas, suavidad y delicadeza, fueron territorio que colonizó sin pensárselo dos veces, haciendo caso omiso de los reproches de marisabidilla y virago, que supo asumir con inteligencia y provecho de su fama.

La mirada viva y pausada del retrato de Wertheimer que ocupa la cubierta, que ha perdido el color original del cuadro pero no su encanto, nos interpela. Su obra sigue dando mucho que hablar y escribir, pero su persona, su personaje, si cabe decirlo así, no es menos singular. Con independencia del interés táctico que ella misma pudo tener en reservar lo más íntimo, su arcano artístico, algo que mantuvo a buen recaudo y solo desplegó de manera muy dosificada y hasta inadvertida para la mayoría, aún hoy, la opinión común insiste en saber quién fue. A menudo sin haberla leído, sin tener otra noción de su persona que la imagen que de ella dieron sus contemporáneos, casi todos varones escandalizados con su persistencia en la labor intelectual, sorprendidos por su empuje extraordinario y resolutivo, tanto que jugaba a hacer creer que olvidaba que llevaba faldas.

Es muy interesante asistir a nuevos modos de captación biográfica que pretenden desvelar y ahondar sus facetas (¿son desmembrables sin perjuicio de su personalidad?), el flujo de las publicaciones en su origen vocacional, en la conquista de su formación autodidacta, en su sociabilidad sin complejos, pero no indiscriminada, aunque sí universal. Seguirá deparándonos sorpresas, sobre todo si leemos atentamente su obra literaria, su crítica ensayística, su periodismo militante, su biblioteca al fin no descabada..., lo que más le importó, sin dejar de hurtarse para dentro. Niña reservada y solitaria, sin amigos infantiles, tuvo en los libros sus compañeros de juegos, su coraza y su balcón. Y es quizás esa infancia preservada, como la adolescencia, la clave de su personalidad: a la conquista de un destino propio, sin que la ansiada profesionalización de las letras nos haga olvidar los sofisticados grados de introspección, de ensimismamiento, que caracterizan su temperamento, tantas veces tachado unívocamente de extrovertido y dicaz. Algunas ilustraciones e imágenes selectas, un álbum familiar, sazonan el recorrido aquí propuesto.

El Índice vertebrado en cinco capítulos la biografía, enfocada a iluminar la personal asunción feminista de la autora: “Con alma de bachillera”, “Escritura y libertad”, “Ni miedo, ni envidia”, “Una feminista radical”, “Luces, sombras y otras batallas” es el desglose. Buenos epígrafes para una lectura grata y fluida, con citas que jalonan el argumentario. El pulso novelesco de esta biografía otorga omnisciencia a su voz narradora ya desde el comienzo, en el “Prólogo”: “convencida de que el mundo exterior a las paredes de su domicilio coruñés se regía por la misma lógica que alumbraba el amor y el afecto de sus padres” (p. 5) y “Reconocida como la escritora española más importante de todos los tiempos” (p. 5). Otras veces, no se arriesga tanto y menudean certeros asertos: así, a raíz de la Septembrina, “A pesar del entusiasmo inicial de su propia familia, la deriva anticlerical del Gobierno, la concesión del trono al italiano Amadeo de Saboya y la Primera República distanciaron definitivamente a doña Emilia de un liberalismo cuyos valores sobre el trabajo, el esfuerzo o la educación encarnó en su obra, pero al que jamás le perdonó la gran omisión en su programa reformista de España: dejar de lado los derechos y la dignidad de las mujeres” (p. 7).

Estimo errado datar en 1905, con *La Quimera*, “su última gran obra” (p. 8). La escritura tardía, los frutos tardíos de su magín no pueden haber dejado más virtual capacidad de futuro. Solo si no los enfrentamos al realismo-naturalismo del siglo anterior, podremos darnos cuenta de que no son partes contrapuestas ni antagónicas.

Pudiera tal vez discutirse que la jovial Emilia careciese del todo de las virtudes de “una buena ama de casa” (p. 14), cosa que tantas veces ayuda a poner de relieve su virtud intelectual. Serían parámetros excluyentes. Pero Pardo Bazán fue mujer de su casa, crio a sus tres hijos y espumaba pucheros interesándose por una intendencia doméstica cuyo peso recaía, sí, imposible que fuese de otra manera, sobre su madre y las personas del servicio, sin ninguna duda. Quiero decir que no era ajena a los engranajes del hogar, ni enemiga de ellos aunque bordar no fuese lo suyo y enhebrar agujas llegase a importunarla

como resorte impuesto. No conviene trazar dicotomías que oscurezcan tareas femeninas que la apasionaron.

“La melancolía era uno de sus rasgos de carácter y aunque el enamoramiento de su José había abatido las tristezas más comunes en su ánimo, el importante paso que estaba a punto de dar al convertirse en la señora de Quiroga la sumía, en ocasiones, en la duda” (p. 15; también en p. 52 se abunda en ello: “la nube que había conocido antes de su matrimonio”; “habituales tristezas”, leemos en p. 54). Tan recurrente es esa melancolía que llega a convertirse en hilo conductor. Concesiones a una omnisciencia un tanto fabuladora pueden lastrar la lectura: “Sobre el escritorio de su padre reposaba una carpeta que Emilia conocía bien: el señor Pardo Bazán guardaba todas las composiciones poéticas de su querida hija, que, además de lectora empedernida, encontraba gran placer en la escritura [...] tuvo que sentarse ante el gran escritorio y admitir, pues de nada servía la mentira, que sus próximas nupcias hacían zozobrar su deseo de escribir” (p. 15). Se da a entender que fue un matrimonio involuntario o forzoso, pactado por las familias. Y lo fue, pero contó seguramente con la aprobación, seguramente no solo tácita, de los contrayentes, o así parece colegirse.

Es muy de valorar la incidencia en la lectura de los libros de la biblioteca familiar, “con la buena suerte de ser hija de un hombre justo” (p. 16) porque así se desprende de los escritos pardobazanianos. La obra repasa los hitos principales que la propia escritora erigió. No se esquivo la tentación de recrear escenas sin fundamento confesional, como al señalar que despreciaba las traducciones. Busca esta biografía revelar por dentro a la escritora, hundir el escarpelo en su melancolía, aquella de la que no escribió nunca directamente, caso de haberla experimentado con tal persistencia. ¿Fue ella la que la incitó al estudio metódico? El tono de la semblanza nos recuerda al de otra biografía, muy intimista, arriesgada en su intimismo, y que penetra en la idiosincrasia pardobazanianiana como antes no se había hecho, *La luz en la batalla* (Lumen, 2007), de Eva Acosta, quien sabe leer el haz y el envés de los epistolarios, calar con el auxilio de la intuición narrativa y darnos al ser fuera del escenario, es decir, dentro de sí.

Habría dejado de ser ingenua (p. 56) al lograr la maternidad, al hacer posible el deseo de los hijos, “uno de sus grandes anhelos” (p. 59), al decir de esta biógrafa, retardado casi diez años, en realidad ocho desde su boda. Cabe preguntarse si el ansia de maternidad fue efectivamente uno de sus grandes anhelos. ¿Qué sabemos de los anhelos de Emilia Pardo Bazán, más allá de la carrera de las letras y de los empeños cívicos? ¿No estaremos dando hilo a la cometa? Fue la escritora que mejor indagó en la sutileza anímica de los sensibles, la que prefirió a todos los personajes creados por Galdós el de Maxi Rubín, el que dijo habitar en las estrellas, la que nos dio su grandeza irreplicable en la fragilidad de su espíritu. ¿Hubiera podido hacerlo sin su coraza de amazona, sin su velo de católica a machamartillo, sin su respetabilidad filoaristócrata? Debemos preguntárnoslo. Tal vez los tópicos referidos a su persona carezcan de verdad íntima: mujer de una pieza, sin reservas

mentales, dispuesta y sin pelos en la lengua, encastillada en su clase, desdeñosa con la medianía y corroída por la ambición de la ubicuidad, etc, etc. Pero nunca fue verbosa ni prolija, evitó las acechanzas con el silencio más cervantino - que nunca guardaron sus colegas ni en público ni en privado cuando a ella se referían- y supo mantener la mirada puesta en la posteridad cuando a su alrededor la declaraban ya caduca. Nunca abominó de la posteridad, de la gloria de las letras, de la belleza inmarcesible, su norte, su religión.

Misivas a Augusto [González de Linares] y a Giner abren su estado de ánimo a la confianza como nunca volverá a hacerlo, salvo con Galdós. Pero ese era terreno privado. Sus escritos llenos de tachaduras, aquellos que tienen un destino público y serán dados a la publicidad impresa, son dados a copiar alguna vez a un escribiente diestro y dispuesto. Otros serían capaces de ponderar algún día su mérito, más de lo que lo estuvo una Concepción Arenal displicente y áspera con la niña Emilia, con la pequeña Emilia, la que bizqueaba ya por su vicio de leer. ¡Ni ese mérito tenía! Probablemente otros sí se lo reconocían cariñosamente, la niña lo necesitaba, guarda esa huella. Pero cuando fue mayor no hizo de esa necesidad algo indispensable, pudo vivir sin ello y tildar de cursis los escritos arenalinos, como alguna vez anotó en el margen. No podía ser la herida infantil, el rasguño de la sabia que no tiene una palabra alentadora ni afectuosa con quien tanto se esfuerza, ni un impulso sororal, nada, solo frialdad.

En p. 62, se trata de la franqueza tantas veces defendida por la autora, de su desenvoltura, y de lo chocante que podía resultar en su entorno codificado: “su frontalidad desconcertaba”. No se trata, en realidad, de una virtud en ese mundo de la Restauración; tampoco lo era en los lenguajes reglados y hasta encriptados de la crítica literaria o del periodismo susceptible de ser llamado “cultural”. Pero en la cerrada defensa de una sinceridad sin paliativos, de un inquebrantable estar en el mundo para no mentir, no vemos ningún asomo de pose sino la constatación de que esa fue su consigna, la que una y otra vez se repitió como un mantra, la de la coherencia o la autenticidad. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, nunca dijo una cosa en privado que no pudiese repetir en público y viceversa. Prefiere callar a traicionar ese principio. Es título de gloria, femenina, al que no renuncia. Pero no es la sinceridad del torpe o del malévolo, es la perfecta consonancia entre el sentir y el pensar y el decir. Era una época, cuál no lo es, de hipocresía rampante. Nunca fue amiga de tales transacciones. Tuvo que experimentar muchos más desengaños de los que confesó.

Cuesta trabajo pensar que el cálculo de sus pasos profesionales fuese tan ajustado que la llevase a decidir un día, por ejemplo, “que intensificaría su correspondencia con los autores que le resultaran de interés” (p. 66). Escribir cartas y cultivar las relaciones personales formaba parte de los protocolos sociales en una dama de su condición y era práctica cotidiana el hacerlo con dedicación y método. *Scripta manent*.

En p. 67 se retoma el hilo conductor saturnino: “A finales de 1880, la melancolía regresó a ella y su salud se deterioró”. Es el *état d'esprit* con que redacta un carnet de

viaje y luego, aprovechándolo, su segunda novela, *Un viaje de novios*, en la que González Sanz ve que “Emilia se permitió explorar en esa obra el desconcierto: qué sucede cuando una muchacha educada en el amor y en la ignorancia de las realidades más duras de la vida carece de un ancla a la que agarrarse cuando el amor que soñaba no está a la altura de lo que esperaba” (p. 68). Otro ser desvalido. Hallará fuerza en su debilidad, luz en el combate. Al hacer hablar a sus allegados, la biografía tiene algo de escenificación de una vida. José Quiroga le dice: “Emilia, bien podrías dejar ya de pensar en naturalismos y realidades”, cuando un día venía “encendido del casino”. No le importa a la voz narrativa ser fidedigna, tantas veces se ha faltado a esa cualidad antes, sacrifica esa noción en pro de una viveza que actualiza el ataque directo y la melancolía subsiguiente. ¿Hubo alguna postración? No quiso revelarlo, le importaba más levantarse que llevar cuenta de sus caídas.

Aquí se hace hablar a Galdós, que recorre con ella los barrios populares, no en vano le había escrito tres pliegos lamentablemente perdidos sobre su novela más audazmente popular y obrera, y feminista, *La Tribuna*; se entra en el secreto de su alcoba, incluso se le atribuyen deseos de vestir ropa masculina. Tiene mucho de novela ese escarceo que aquí se cuenta, como si los deseos eróticos fuesen tales y los sentimientos pudiesen reconstruirse a partir del balance parcial de aquellos amores. “Sexualidad y pornografía” tituló Baroja un tranco de *El árbol de la ciencia*, obra que está en la biblioteca de Pardo Bazán. Una autora que no se ha podido ver sin cuerpo, sin su ser carnal, cuando fue espiritual su quimera, su ansia creativa y vital. ¡Cuánto han tergiversado su persona y su obra los comentarios de Clarín!

En p. 109 se indaga en los miedos, terreno difícil en quien fue parca y renuente a la hora de manifestarlos, el sentimiento que presuntamente fue “un viejo compañero en la vida de Emilia. [...] era dañino para ella, porque la paralizaba, casi tanto como el otro, la envidia, el deseo de poseer lo que otros tenían, fuera talento, amor o libertad [...]. Ambas palabras jalonaban su camino literario como una alerta, una premonición constante: si sucumbía al miedo, nunca llegaría a la excelencia en la literatura, [...] Si le tentaba la envidia, las cosas irían por mal camino” (p. 109). Tentaciones que mantuvo fuera de su espacio, grabadas en la piedra; pero ¿es plausible que las experimentase?

Otras veces, la narración emite valoraciones discutibles: “Emilia seguía dudando de los avances del progreso porque dejaban fuera de su curso a las mujeres, lanzadas en su mayoría a las filas del conservadurismo, como a ella le había sucedido en su juventud carlista. Pero la escritora aristocrática tenía, a la vez, el espíritu de las clases medias intelectuales que fiaban en la educación el progreso del pueblo y entre ese pueblo, eran las mujeres las más oprimidas, las peor situadas” (pp. 115-116). Se califica de “fina intuición política” su talante emancipador de las diferencias educativas. A pesar de que se reitere su labor traductora de *The Subjection of Women* de Stuart Mill, tal tarea no fue cosa suya, como ha quedado patente ya. En p. 132 se dice erróneamente que coronó el Balcón

de las Musas de Meirás “con la antigua sentencia que la había acompañado siempre en su largo andar por la vida pública española: <<Ni miedo, ni envidia>> [sic]. Tallarlo en la piedra fue su forma de no dejarse vencer”. Sentencia inexacta, no hay tal polisíndeton, son columnas enfrentadas. En p. 134 se alude a “su tanteo autoral”; más adelante, a su crisis de fe, cuando su fe se tambalea (p. 135), sin apoyo documental alguno. También se la deslinda *tout court*, en p. 138, de las republicanas, “con quienes definitivamente Emilia era incapaz de cambiar ni dos palabras [...] salvaguardando siempre su distinción aristocrática”. Y se afirma, en p. 140, que sintió mucho la pérdida de Clarín o que se sentía muy mayor, incluso obsoleta. ¿Tanto se sabe de lo que sentía Emilia Pardo Bazán?

También se menciona su “elitismo hidalgo” (p. 151). La p. 162 lleva a su cúspide imaginativa el relato biográfico cuando se evoca el episodio de la muerte violenta, a manos de su segundo marido, de la abuela paterna: “Emilia se había enterado ya de mayor, pues el suceso había ocurrido antes de su nacimiento, y le impactó sobremanera conocer aquella noticia, que su padre le confió en el momento en el que ella buscaba una forma de separarse de su esposo. Aquel crimen había permanecido en la cabeza de su difunto padre y, con el tiempo, Emilia llegó a creer que ese recuerdo había sido una de las razones por las que don José había defendido a capa y espada la libertad de su hija ya casada”. En p. 171, “Emilia sabía que sus hijas la admiraban y respetaban como madre, pero sobre todo por haber luchado en el campo literario hasta convertirse en la escritora que era”, leemos.

El muy loable propósito divulgativo de la personalidad, intelectual, feminista, de Emilia Pardo Bazán no exige recreaciones que hagan de ella un personaje de ficción. Fue una escritora que nunca confundió lo imaginado con lo vivido. ¿No es posible una biografía científica, carente de vuelo ficcional? ¿No lo es en el caso de Emilia Pardo Bazán?

Sería conveniente, en la economía de esta obra, haber regularizado títulos con sus respectivas mayúsculas, elección personal de la autora, según nos consta (así, *Nuevo Teatro Crítico*, *Los Pazos de Ulloa*, *La Madre Naturaleza*, *Dulce Dueño*). Algunas erratas comparecen en pp. 13, 73, 96, 99, 143, 150, 157, 159, 161, 164, 180, 182, 184, 185. En p. 175, la estatua sedente cuya fotografía se recoge no es la de Madrid, sino la de A Coruña. Faltan algunas cursivas en las leyendas que acompañan a las imágenes. Pero todo ello no es óbice para que sea esta una aportación notable que contribuye a hacer de Emilia Pardo Bazán una figura viva en el tiempo.

Cristina Patiño Eirín
Universidad de Santiago de Compostela